

CAPITULO IX.

SUMARIO.

PONTIFICADO DE SAN ZEFERINO (200-217).

1. Quinta persecucion general bajo Septimio Severo (año 202). — 2. Mártires Escyritanos en Cartago. — 3. Martirio de santa Perpetua, santa Felicitas y compañeras mártires en Cartago. — 4. Martirio de san Leónides, padre de Orígenes, en Alejandria (202). — 5. Martirio de san Ireneo, obispo de Leon. — 6. Martirio de los discípulos de Orígenes en Alejandria (204). — 7. Martirio de santa Potamiana, santa Marcela su madre, y del soldado Basilides en Alejandria (204). — 8. Tertuliano. — 9. Conferencia entre Gayo y Proclo en Roma. — 10. Viaje de Orígenes á Roma. Las Octaplas, Hexaplas, Tetraplas. Biblia de Orígenes. — 11. San Narciso, obispo de Jerusalen. — 12. San Alejandro, coadjutor de san Narciso, y obispo de Jerusalen. — 13. Minucio Félix, Octavio y su amigo Cecilio. — 14. Caracalla, emperador. — 15. Matanzas en Alejandria. Huida de Orígenes á Cesarea. — 16. Condenacion del hereje Noecio. — 17. San Hipólito, obispo de Porto; sus obras. — 18. Caida y penitencia de Natalio, confesor de la fe. Muerte del papa san Zeferino.

PONTIFICADO DE SAN ZEFERINO (200-217).

1. Cómodo habia espirado ahogado por su principal concubina y los dos prefectos del pretorio en la víspera misma del día en que habia de hacer asesinar los dos cónsules de Roma por una banda de gladiadores. Pertinax, anciano general, elevado por su ingenio á tan alto grado, hijo de un esclavo que vendia carbon en la Liguria, reinó despues de Cómodo solos veinte y siete días. Temiendo no restableciese la antigua disciplina, los soldados pretorianos le cortaron la cabeza y la llevaron en triunfo al campamento en la punta de una lanza. Desde lo alto de los parapetos se pone en almoneda al imperio de Roma. Didio Juliano se lo gana á su competidor por la puja de mil doscientos dracmas á cada soldado (cerca de diez mil quinientos reales) pagaderos en el acto: el imperio fué adjudicado por las legiones, y el senado ratificó el trato. Pero el comprador no pudo dar el precio convenido. Sesenta y

seis días despues fué depuesto por el senado y conducido al suplicio. Sin embargo, tres generales se habian hecho proclamar emperadores por sus tropas y habian tomado el cetro á la vez: Pescenio Niger en Oriente, Blodio Albino en la Gran Bretaña, y Septimio Severo en la Iliria. Este último, tres veces vencedor de Niger en el Asia, lo fué tambien contra Albino en la batalla de Leon. Severo habia nacido en Leptis, costas de África; y tenia á la vez la crueldad y la mala fe púnica. El primer acto de su autoridad fué obligar al senado á poner á Cómodo en el rango de los dioses. « ¡Graciosa cosa es que sean » tan escrupulosos! ¿Valen acaso mas ellos que ese tirano? » Se mostró en un principio hasta favorable á los cristianos, y encargó á Próculo, cristiano, la educacion de su hijo: protegía los miembros del senado convertidos al cristianismo. Pero mas tarde mudó tan felices disposiciones, y el año 202 hizo prohibir bajo las mas severas penas el abrazar el cristianismo: ejecutó este decreto con el teson natural de su carácter; y como la muchedumbre no habia esperado esta señal para entregarse á su encono contra los cristianos, no tardó mucho en declararse general la persecucion.

2. En Cartago, el próconsul Saturnino hizo comparecer á su tribunal á los cristianos Esperato, Narzal, Citlinio, Veturio, Félix, Aquilino, Lotancio, Genara, Acilina, Generosa, Vestina, Donata y Segunda. A la orden del próconsul para sacrificar á los dioses, respondió Esperato: « No hemos cometido » culpa contra las leyes jamás: es imposible acusarnos de » crimen alguno, y nuestra religion nos manda roguemos por » los que nos persiguen injustamente. — Nosotros tambien, » replicó el próconsul, tenemos una religion llena de santa y » piadosa doctrina. Jurad pues por el genio de los emperadores, nuestros señores. — Yo no conozco al genio de los » emperadores; sino que guardo fielmente la fe, la esperanza y » la caridad. Nosotros no adoramos sino á un Señor y á un » Dios, Rey de los reyes y Emperador de todas las naciones. » Los demás santos confesores respondieron todos con igual entereza, y Saturnino los mandó encarcelar. Renovóse al día

siguiente el interrogatorio; pero dirigiéndose á las cristianas, dijo Saturnino: « Obedeced á los emperadores, nuestros señores, y sacrificad á los dioses. » Respondió Donata: « Estamos dispuestas á tributar á los emperadores todos los homenajes de respeto debidos; mas no adoramos sino á Jesucristo, verdadero Dios. » Vestina añadió en seguida: « Lo que perennemente meditará mi corazón, y lo que mis labios no cesarán de pronunciar es: ¡ *Que soy cristiana!* » Segunda dijo: « Yo también soy cristiana; y permaneceré en la fe de mis compañeras y en la mía. Jamás adoraremos vuestros dioses. »

Fué interrogado nuevamente Esperato; y lleno de santo entusiasmo, exclamó dirigiéndose á la muchedumbre que rodeaba el pretorio: « Si quereis saber el pensamiento de mi corazón, escuchad todos: Yo soy cristiano. » Todos los demás confesores, uniendo sus voces á la suya, repitieron la misma profesión de fe. — « Os otorgo una tregua de tres dias, les dijo Saturnino, para que reflexioneis sobre el partido que quereis tomar y para retractaros de los errores de esta secta impía. — Una tregua en nada cambiará nuestra creencia, respondió por todos Esperato: moriremos con júbilo por la religion de nuestro Señor Jesucristo. Tomad mas bien vos este espacio para deliberar vos mismo, abandonar el culto vergonzoso de los ídolos y haceros discípulo del Evangelio. Si os falta valor para esto, no vacileis largo tiempo en pronunciar sentencia contra nosotros. » Saturnino mandó entonces que fuesen decapitados los generosos y magnánimos cristianos. « Gracias infinitas damos á Dios, dijeron estos caminando al suplicio, porque nos honra con recibirnos hoy mismo en el cielo por la confesion de su nombre. » El 17 de julio del año de Cristo 200 fueron inmoladas estas nobles víctimas.

3. Poco tiempo despues fué encarcelada en la misma Cartago Vivia Perpetua, de edad de veintidos años y de ilustre familia. Vivian aun su padre y su madre. Era casada y criaba un niño. Arrestaron juntamente con ella á Felicitas, esclava

cristiana que estaba casada tambien, y á la sazón en cinta. Prendieron igualmente los satélites del procónsul á Revocato, Saturnino, Secóndulo y Saturio. El padre de Perpetua, pagano celoso, empeñaba á su hija á que sacrificase. « Despues de haber estado algunos dias sin ver á mi padre ⁽¹⁾, dí gracias al Señor porque su ausencia me aliviaba. En este intervalo de ausencia fuimos bautizados (solo era catecúmena, así como Revocato, cuando su arresto). Yo no pedia otra cosa al salir del agua (del bautismo) que la paciencia en las penas corporales. Pocos dias despues se nos encerró en un calabozo: yo quedé espantada porque jamás me habia visto en tales tinieblas. ¡ Qué día tan duro de pasar! Un calor sofocante por la mucha gente que estábamos; los soldados además nos apretaban, y yo moria de inquietud por mi niño. Entonces los bienaventurados diáconos Tercio y Pomponio, que nos asistian, lograron á peso de oro que nos fuese permitido salir y pasar algunas horas en un lugar mas cómodo que la prision. Aprovechámonos de esta ventaja: yo criaba á mi niño, le recomendaba á mi madre; yo fortalecia á mi hermano, y me moria de pena al ver la que yo les causaba. Pasé muchos dias en estas angustias... Se esparció el rumor de que íbamos á ser interrogados. Mi padre vino en la víspera al calabozo, abrumado de tristeza y me decia: ¡ Hija mia, ten compasion de mis canas! compadécete de mí. Si soy digno de que me llames tu padre, si yo mismo te he educado y cuidado hasta esta tu edad y robustez, si yo te he preferido á tus hermanos, no me hagas el oprobio de los hombres. Mira á tu madre: hé aquí este niño, que no podrá vivir sin tí. Depone, deja esa obstinacion, y mira que si no, á todos nos pierdes. »

» Mi padre se expresaba así movido de ternura por mí, besándome las manos, echándose á mis piés, llorando, no llamándome ya su hija, sino *su señora*. Yo le compadecia viendo que de toda mi familia, solo él habia de ser el que no

(1) Santa Perpetua escribió, ella misma, la relacion del principio de su martirio.

» se gozase en nuestro martirio. Yo le dije para consolarle :
 » En el cadalso sucederá lo que plegue á Dios, porque sabed
 » que no estamos en poder nuestro sino en el suyo. Se retiró
 » muy contristado.

» Como estábamos comiendo, en el siguiente día, se nos
 » vino á buscar para ser interrogados : inmediatamente se es-
 » parció el ruido en los barrios contiguos, y se reunió al rede-
 » dor del tribunal gran muchedumbre de gentes. Los demás
 » pasaron su interrogatorio y confesaron magnánimamente á
 » Jesucristo. Cuando hubo llegado mi vez, se me acercó mi
 » padre llevando mi hijo en sus brazos y me dijo : Ten lástima
 » de tu hijo. El procurador Hilariano me dijo por su parte :
 » Perdonad, tened miramiento á las canas y vejez de vuestro
 » padre; mirad á vuestro hijo : no enluteis su infancia. Sacri-
 » ficad á los dioses por la prosperidad de los emperadores. —
 » Nada de eso haré ni puedo hacer, le respondí. — ¿Eres
 » cristiana? me preguntó. — Lo soy, respondí. Como mi pa-
 » dre se empeñaba en sacarme del tribunal, Hilariano mandó
 » que se le echase fuera, y recibió un varazo de parte de un
 » licitor. Yo sentí este golpe como si yo misma hubiese sido
 » herida : tanto padecía yo en ver insultar, por causa mía, las
 » canas de mi padre. Entonces Hilariano pronunció nuestra
 » sentencia, y nos condenó á todos á ser expuestos á las fieras,
 » Nos volvimos llenos de gozo á la prision ⁽¹⁾. »

Secóndulo murió en el calabozo. Felicitas estaba en cinta de
 ocho meses : viendo el día del espectáculo tan próximo, estaba
 muy afligida, temiendo no fuese diferido su martirio, porque

(1) Hemos reproducido escrupulosamente la relacion de santa Perpetua. « La literatura humana, dice Rohrbacher, no tiene nada semejante. Una mujer jóven, madre de familias, de ilustre nacimiento, amada, idolatrada de los suyos, se ve separada de su padre, madre, hermanos, esposo, de su hijo! para ser devorada por las fieras á vista de todo un pueblo : ve á su anciano padre, á quien ama y que la ama con ternura, que le besa las manos, que se arrodilla á sus piés para doblegarla y hacerle pronunciar una palabra sola que la salvaria del peligro : compadécese ella mucho de su padre, le consuela; mas nunca jamás pronunciará esta palabra, porque fuera una apostasía. Ella misma escribe todo esto en la vispera de su suplicio con un candor, con una calma muy superior á la humanidad. »

no era permitido dar la muerte á las mujeres embarazadas. Las oraciones de los confesores le alcanzaron del Señor pronto y feliz alumbramiento : dió á luz una niña que educó como si fuera suya propia una mujer cristiana. En la vispera del combate se les dió (á los cristianos y cristianas), segun costumbre, la última comida, que se llamaba *comida libre*, y que se daba en público. Los cristianos lograron en esta circunstancia el permiso de entrar en la prision, cuyo alcaide estaba ya convertido. Los mártires hicieron de su último banquete una *ágape*; y decian al pueblo que les rodeaba : « Mirad bien nues-
 » tros rostros para que nos conozcais en el día del juicio. »

Al siguiente día, salieron de la cárcel para el anfiteatro como si fuera para el cielo : sus rostros radiaban de gozo inefable. Llegados á la puerta, se les quiso obligar segun costumbre á tomar los adornos de los que parecian ó se presentaban al espectáculo. Era para los hombres un manto de escarlata ó encarnado, hábito de los sacerdotes de Saturno; y para las mujeres una trenza ó cintilla al rededor de la cabeza, símbolo de las sacerdotisas de Ceres. Los mártires rehusaron estas libreas de la idolatria. No estamos aquí, decian, sino para conservar nuestra libertad; hemos sacrificado nuestra vida para no hacer jamás semejante cosa : esto es lo convenido con vosotros.

Llegados al anfiteatro, Saturnino y Revocato fueron desde luego abandonados á la furia de un leopardo y de un oso, que los arrastraron algun tiempo sin matarlos. Saturio fué echado á un jabalí, que respetando al mártir se arrojó sobre el cazador ó guardian de fieras, y le hizo una herida mortal. Perpetua y Felicitas fueron despojadas y puestas en redes para ser expuestas á una vaca furiosa. Pero el pueblo mismo se indignó de tal refinamiento de crueldad. Se vistió pues á las magnánimas mujeres de paños flotantes. Expuesta la primera, Perpetua fué lanzada al aire y cayó boca arriba : se puso asentada, volvió á anudar sus cabellos esparcidos por no parecer que estaba de luto, y viendo á Felicitas muy magullada de su caída, le dió la mano para ayudarla á levantarse. Se sostenian

entrambas mutuamente, prontas á un nuevo combate; pero el pueblo, cuya dureza estaba vencida, no quiso que se las expusiese segunda vez. Se las condujo hácia la puerta Sanavivaria, en donde el diácono Rústico les suministraba remedios.

Saturio acababa de ser presentado á un leopardo, el cual de una sola dentellada lo tendió por tierra inundado de sangre. Vaya un bautismo que le salvará, exclamó el pueblo haciendo sacrilega alusion al sacramento de los cristianos. Pero el mártir, volviéndose al soldado Pudente, cuya conversion habia emprendido: «Adios, le dice; acuérdate de mi fe: confírmeme mi muerte en la fidelidad á Cristo.» Le pidió en seguida el anillo que llevaba en el dedo, lo mojó en su herida y se lo devolvió como prenda hereditaria de su amistad y un recuerdo de su sangre. Murió en fin en el sitio en donde se acostumbraba á degollar á los que no habian sido acabados de matar por las fieras.

El pueblo pidió que se trajesen los otros mártires en medio del anfiteatro para tener el placer de verlos morir, y asociarse así al homicidio. Pero los mártires se levantaron y de su propio movimiento fueron al sitio señalado, habiéndose antes dado el ósculo de paz. Saturnino y Revocato recibieron el último golpe mortal inmóviles y en silencio. Felicidad tocó ser acabada de matar á un maton muy poco diestro, que le hizo dar un grito de dolor; porque estas abominables operaciones eran como el aprendizaje de los gladiadores. Perpetua llevó ella misma la trémula mano del verdugo á su garganta. (*Acta sincer.*, pág. 80 y sig.)

4. No estaba menos encrudecida la persecucion en Egipto: Alejandría sobre todo era el blanco principal de su furor por la gran dilatacion que allí habia tomado la ciencia católica. Septimio Severo se personó en ella inmediatamente despues de la publicacion de su edicto de persecucion. Hizo perseguir á los cristianos con extremado rigor. Se trajeron allí de la Tebáida y demás provincias de Egipto á todos cuantos pudieron ser habidos, y se les daba la muerte en la ciudad, convertida entonces en capital de las proscripciones. Clemente Alejan-

drino, obligado á fugarse, escribió desde el fondo de su retiro: «Cada dia vemos correr las fuentes de la sangre cristiana:» cada dia vemos mártires consumidos por las llamas, inter-» rogados en medio de crueles tormentos, decapitados por la» espada. La fidelidad á Cristo los conduce á estos gloriosos» combates, y les obliga á testificar su piedad con la efusion de» su propia sangre» (*Stromat.*, lib. II, p. 414). Leónides fué preso con muchedumbre numerosa de cristianos. Orígenes, su hijo, á quien habia educado con el mayor esmero, llegaba á la sazón á los diez y siete años; pero, como dice san Jerónimo, «era hombre grande desde su infancia.» A mas de las bellas letras y artes liberales, san Leónides le habia comunicado la ciencia de las Escrituras, de las cuales le hacia aprender cada dia algunas sentencias antes de pasar á la clase ó leccion de los estudios profanos. Orígenes se aficionó tanto á este estudio, que no se contentaba del sentido literal, sino que escudriñaba otros mas profundos. San Leónides contenia este ardor de conocer, esta avidez de penetrar, pero en el fondo de su corazon bendecia á Dios de haberle dado tal hijo. Frecuentemente, mientras Orígenes dormia, se acercaba á su lecho, le descubria el pecho, le besaba con respeto cual santuario donde reside el espíritu de Dios. Educacion tan santa llevó opimos frutos. Cuando supo Orígenes que su padre habia sido preso por la fe, no le pudieron contener ni las lágrimas ni las súplicas de su madre: se vió esta obligada á un ardid maternal para estorbarle fuese él mismo á constituirse prisionero por Cristo. Se consoló al menos escribiendo á san Leónides una carta llena de elocuencia y energía, en la cual le animaba al martirio. «Tened confianza, le decia, y no os cuideis de nosotros (porque tenia seis hermanos de menor edad que él).» Dejadlo todo por Cristo, que él sabrá devolvéroslo todo.» San Leónides fué decapitado, y sus bienes confiscados con provecho del tesoro público (año 202).

5. San Ireneo tuvo á igual época la gloria de derramar su sangre por la fe, que con tanto brillo habia defendido con sus obras. Septimio Severo, sabiendo que se multiplicaba extraordi-

nariamente el número de los fieles en Leon por el celo de este prelado, tomó una resolución digna de su crueldad; dió orden á sus soldados de cercar la ciudad de Leon y matar, sin perdonar á nadie, á cuantos se declarasen cristianos. La carnicería fué casi general, y corría como arroyos la sangre por las plazas públicas. San Ireneo fué llevado ante el tirano, que le hizo morir, aplaudiéndose de haber degollado al pastor con su rebaño. Una inscripcion que se veía en Leon, á la entrada de su iglesia principal, atestigua haber sido martirizados diez mil cristianos, sin contar mujeres ni niños. Entre los mártires de las Galias en este tiempo, se cuenta san Andeolio, subdiácono, enviado por san Policarpo á predicar el Evangelio, y fué martirizado en Viviers.

6. Despues de la partida de Clemente Alejandrino, que se habia retirado á Capadocia, en casa del obispo Alejandro, la escuela cristiana de Alejandria habia sido dispersada algun tiempo por la violencia de la persecucion. Orígenes se sintió con valor heróico para levantarla, aun bajo la segur de los verdugos (203). Vendió sus libros de gramática y de ciencias profanas, á condicion que se le suministrarian cuatro óbolos (unos diez cuartos) por dia para su manutencion. Desembarazado así de las preocupaciones materiales de la vida, puso manos á la obra con increíble ardor. Pasaba noches enteras en el estudio para preparar las elocuentes lecciones que daba diariamente á sus discípulos. Cuando la naturaleza, vencida por el sueño, tenia necesidad de descanso, dormia algunos instantes por tierra, y luego volvía á trabajar; por manera que en pocos años aprendió de memoria toda la sagrada Escritura, y con su prodigiosa memoria que retenia todo el texto, pudo entregarse á los trabajos inmensos que hizo sobre la Biblia. La austeridad de su conducta era igual á su ardoroso celo por la ciencia: jamás bebió vino; sus ayunos eran frecuentes; y tanto era lo que se cercenaba en todo, que peligró con su salud su vida. Caminaba á pié descalzo aun en invierno; solo llevaba y solo tenia un vestido, y rehusaba todo cuanto sus amigos le ofrecian. Tal santidad y tan inmenso talento le trajeron muche-

dumbre de discípulos, aun entre los sabios y filósofos mas célebres. Heraclas, que fué luego obispo de Alejandria, Plutarco, su hermano, los dos Serenios, Heráclides, Heron y muchos otros jóvenes ilustres se pusieron bajo su direccion; lo que les hizo señalarse á la venganza de los perseguidores, que lejos de dejarlos tranquilos en sus pacíficos estudios, los prendieron. Solo Heraclas pudo sustraerse á tiempo á la pesquisa de los satélites del tirano: la Providencia tenia otras miras sobre él. Orígenes se multiplicaba á sí mismo para consolar á sus hijos espirituales, y animarlos á la constancia en la fe. Visitaba á los mártires en los calabozos. Los acompañaba á los interrogatorios. Los exhortaba en el lugar mismo del suplicio, y les daba, en presencia de los mismos paganos y soldados, el ósculo de paz en el momento supremo. Fué milagro y muy grande que pudiese salvarse del furor de los Gentiles, quienes estuvieron muchas veces á pique de apedrearle. Se sobornaron en secreto muchos soldados, para que acechándole á la puerta de su vivienda le asesinasen. El pueblo mismo le arrastró furioso por las calles de la ciudad: fué puesto muchas veces al potro ó tormento; mas Dios no permitió que por entonces fuese arrebatado á su Iglesia, á la cual tanto honraba y servia. Los infieles le cogieron un dia, y habiéndole rasurado su pelo, como hacian con los sacerdotes de sus ídolos, le vistieron con los hábitos que llevaban los sacrificadores. En este ademan le llevaron á lo alto de las gradas del templo de Serapis, y le presentaron palmas para distribuir las, segun costumbre, á los que subian la gradería. Orígenes las tomó, y levantándolas con la mano, exclamaba: « Venid, venid á recibir estas » palmas, no como las de vuestro ídolo, sino como palmas de » mi Señor Jesucristo. » Sus discípulos fueron conducidos al suplicio. Fueron degollados Plutarco, Heráclides, Heron y uno de los Serenios; el otro Serenio fué quemado vivo. Arrojaron tambien los verdugos á las llamas á un joven catecúmeno que se disponia á recibir el bautismo, y asistia á las lecciones de Orígenes.

7. Alejandria vió además en el mismo tiempo morir mártir